

TESTIGOS OCULTOS

Victor Pavic Lundberg

Traducción: Julieta Brizzi

MOTUS

EFEECTO TARDÍO

CAPÍTULO 1

LOA BERGMAN CONTEMPLABA LOS DESECHOS que arrastraba la lluvia en la acera. Alrededor de sus zapatos había salsa de tomate, jamón y queso de la pizza devorada con ansias el día anterior. Las náuseas habían sobrevenido sin previo aviso. De una sola vez, todo salió de su cuerpo con solo inclinar la cabeza. Para su sorpresa, ocurrió casi en silencio. Sentía el aroma penetrante de la acidez estomacal mientras se secaba la boca y miraba de reojo a los transeúntes. Nadie parecía haber visto lo que había sucedido, porque todos a su alrededor estaban absortos en sus teléfonos móviles, en sus auriculares con reductor de ruido y en caminar velozmente, resueltos a evitar todo contacto humano.

Loa abrió la puerta del edificio de la calle Mäster Samuel y entró.

El espejo del elevador le devolvió la imagen de sus ojos enrojecidos y sus ojeras oscuras. Su piel se veía transparente como el papel de arroz y las pecas que cubrían sus mejillas parecían desgastadas. El suéter fino de Filippa K que había comprado por Internet —a pesar de que el dinero del seguro por enfermedad se había acabado hacía mucho tiempo—, y que vestía para esa ocasión especial, no lo hacía verse mejor.

Suspiró profundamente, concentrado, y sintió que le retumbaba la cabeza. La lengua estaba áspera y pegajosa. Se arrepintió de las muchas y enormes copas de vino que se había tomado la noche anterior, que en ese momento le habían parecido necesarias. Buscó en el bolso una botella de agua con gas, desenroscó la tapa y tomó tres tragos rápidos.

El elevador subía, piso tras piso. Un nerviosismo sordo le hacía temblar el estómago. Aún tenía tiempo de arrepentirse, dar la vuelta y regresar a casa. Nadie se atrevería a cuestionar la decisión. Las puertas de metal se abrieron con un pitido. Lo se sobresaltó por el ruido agudo inesperado que seguía asustándolo. Avanzó hacia la puerta cerrada que conducía a la redacción del periódico. No era probable que recordara el código, pero los dedos habituados presionaron la combinación de solo cuatro números. La memoria muscular funcionó, pese a la ausencia de un año.

Levantó la cabeza y pasó directamente por delante de la mesa de noticias, el corazón del periódico. Allí se escribían y publicaban artículos que leían millones de suecos todos los días. Los televisores en las paredes mostraban sin sonido las emisiones de la CNN, la BBC y al-Yazira. El presidente estadounidense aparecía simultáneamente en las pantallas. Las llamadas ininterrumpidas de las líneas directas, el teclear en las computadoras y el ruido de algún periodista que intentaba hacer que la policía le diera información cubrían como una aburrida alfombra el paisaje abierto de la oficina.

Por el rabillo del ojo vislumbraba rostros bien conocidos. Veía cómo levantaban la mirada de las computadoras con cara de asombro. A sus espaldas, escuchó que alguien susurraba: “¿Ha regresado?”. A pesar de que había pasado casi toda su vida adulta en la redacción, en ese momento se sentía en una tierra extraña. Todo estaba igual, pero parecía diferente. “Aún merezco trabajar aquí”. Repetía esa frase mentalmente como un mantra.

Cuando entró ocho años atrás, a los veintiuno, estaba convencido de que había sido un error, que el jefe de personal había llamado a la persona equivocada, que en realidad el puesto de becario pertenecía a otra persona. Le parecía excesivo alcanzar su sueño tan pronto. Daba por hecho que debía bregar al menos cinco años en el periódico local con noches de trabajo en el ayuntamiento, haciendo servicios de guardia por incendios de casas y reportajes sobre la apertura de nuevas tiendas antes de que el gran periódico vespertino de Estocolmo lo aceptara. Error o no, en ese preciso momento se prometió a sí mismo no decepcionar a nadie con la seguridad de que la oportunidad era suya. La pregunta era si aún podía mantener la promesa. Habían ocurrido demasiadas cosas en el periódico durante la última década. Muchos lo consideraban una transformación despiadada. La edición en papel de los periódicos se había derrumbado y, con ella, los ingresos. Durante la época de despidos masivos, el personal se había reducido a la mitad en varios turnos. Dejaron de utilizar el helicóptero que hacía informes fotográficos y, tiempo después, lo vendieron.

Antes, este periódico fijaba la agenda informativa por unanimidad. Hoy debía luchar como cualquier otro de tantos para superar el ruido cada vez más alborotado de los medios de comunicación. Ser el primero era lo único que importaba. A pesar de eso, en la redacción aún se vivía el sueño de poder dar la gran primicia, una que impactara a toda Suecia.

Loa logró evitar a los colegas y se escabulló hacia una de las salas de reunión. Se quitó el abrigo mojado y lo colgó sobre una silla. Unos pasos ágiles y reconocibles se escucharon por el pasillo y poco después irrumpió en la habitación el director de noticias, Sigge Classon.

A pesar de que a Sigge le sobraban al menos cincuenta kilos, parecía que levitaba por la redacción cuando avanzaba con su manera enérgica de caminar, inclinado hacia delante.

Esa velocidad lo había ayudado muchas veces en su carrera. Cuando aún era reportero de noticias, siempre era el más rápido en llegar al lugar de los hechos. Sigge había sido el primer periodista en Sveavägen cuando fue asesinado Olof Palme. Fue el primero en llegar cuando la policía atrapó al delincuente conocido como el “hombre láser” frente al banco Handelsbanken en la calle Hornsgatan.

También había sido el primero, bolígrafo y libreta en mano, cuando su hija Cecilia de dieciocho años murió en un accidente de coche. No volvió a ser el mismo después de eso.

—¡El hijo pródigo!

Loa levantó con cuidado su mano derecha y bajó el volumen del audífono. A pesar de que casi no oía, aún tenía dificultades para aceptarlo. Sigge se sentó en la silla de enfrente y lo miró un buen rato. A ninguno de ellos le gustaba hablar de cosas difíciles y mirarse era un acuerdo mudo para pasar por alto los abrazos pegajosos. Aparte de dos breves llamadas telefónicas, su comunicación había sido inexistente durante un año. Hacía algunos días, a medida que se aproximaba la fecha límite para el alta médica, Sigge lo había llamado para proponerle la idea sobre un artículo que debería escribir durante la primavera para “volver a ponerse en forma”. Quería esperar a que se vieran para darle más detalles.

—Supongo que tienes miles de ideas. Pero creo que debes comenzar lentamente. Queremos cuidarte.

“Cuidarte”. Loa se rio por la ironía y se dio cuenta de que no tenía ni una sola idea, pero no dijo nada.

Sigge puso su computadora y su iPhone sobre la mesa. Los objetos que lo seguían hasta al baño, como si fueran partes del cuerpo sin las que nunca podía estar. El cerebro y el corazón de Sigge, como Danijela solía llamarlos apropiadamente, sin especificar cuál era cuál. Las notificaciones de todos los medios del mundo hacían que el teléfono vibrara constantemente. Sigge llevaba en la mano una carpeta de plástico llena

de papeles y recortes de periódicos que arrojó sobre la mesa. Loa vislumbró algunos titulares en letras negras sobre un papel amarillento.

119 MUERTOS EN UN ACCIDENTE AÉREO EN PLENO ESTOCOLMO

—¿Cuántos años tenías cuando se estrelló el avión en Medborgarplatsen? ¿Trece?

—Diez —respondió Loa sin reflexionar.

Se preocupaba por que su voz fuera lo más grave posible. Había comenzado a hacerlo casi inconscientemente cuando conversaba con hombres heterosexuales, mayormente para compensar el desequilibrio de poder invisible que siempre se interponía.

—Una historia espantosa —dijo Sigge.

Extrajo un caramelo del bolsillo de su camisa turquesa, le quitó el papel y se lo metió en la boca. Parecía que hacía el movimiento automáticamente. Sigge siempre vaciaba el cuenco de golosinas de la redacción y se guardaba los caramelos en los bolsillos. Marianne era su marca favorita, y a juzgar por el papel que estaba sobre la mesa delante de ellos, era la que ahora saboreaba. Sigge chupó el caramelo varias veces antes de continuar.

—¿Quién hubiera creído que se estrellaría un avión en medio de esta ciudad? Todo el país quedó paralizado durante una semana. —Sigge abrió la palma de la mano—. ¡Bang! —dijo cuando golpeó la mesa.

El movimiento y el ruido hicieron sobresaltarse a Loa. Surgieron las imágenes del recuerdo de su infancia, de un tiempo anterior a la traición de su padre. La familia unida, sentada frente al televisor, seguía las noticias de la catástrofe. Sus padres le dieron dinero para ir en bicicleta a la tienda a comprar los periódicos para no perderse los detalles más

importantes. Cuando se quedaron solo él y su madre en la pequeña ciudad de Västergötland, no le permitía ir a la plaza por miedo a que allí también se estrellara un avión. Ella ignoraba que era casi imposible que volviera a suceder a más de trescientos kilómetros del lugar del accidente. “Ocurrió allí, puede ocurrir aquí”, decía al mismo tiempo que rodeaban el camino pasando junto a las fachadas de las casas en lugar de cruzar la plaza.

Sigge interrumpió los pensamientos de Loa.

—Aún falta bastante, pero este año se cumplirá el vigésimo aniversario.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? —dijo Loa, e intentó sonar sorprendido.

La fecha, el año, los nombres, los rostros. Nada desaparecía de su recuerdo. “Eres más fiable que una computadora”, había sentenciado un profesor en el bachillerato. Aunque lo cierto era que todo el año anterior estaba borroso, tenía sus motivos.

—Sí, el tiempo pasa.

—¿Y qué quieres que haga?

Sigge señaló la página del periódico.

—Pensaba que podrías escribir sobre el suceso, qué ocurrió, qué no ocurrió. —Sigge buscaba las palabras—. Y entrevistar a algunos sobrevivientes. Quizá seas bien recibido como uno de ellos.

“Un sobreviviente”.

Loa se esforzó para parecer impasible y se obligó a sonreír. La presión sobre el pecho había regresado y le corría el sudor por los brazos. Esperaba que las manchas no se vieran en el algodón verde.

¿Así era como lo veía la gente ahora? ¿Cómo se habría descrito a sí mismo si fuera otra persona? Probablemente igual.

Sigge levantó las manos, como mostrándose desarmado.

—Sin malas intenciones. Pero ¿comprendes lo que quiero decir?

—Sí, seguro. Ningún problema. Suena... emocionante —respondió Loa lo más despreocupadamente posible. Era consciente de que las personas delicadas y sensibles eran lo peor para Sigge.

Aún merecía trabajar allí.

—Debes de pensar que seguramente no seremos los únicos que han comenzado a trabajar sobre el aniversario. Se trata de conseguir primero a testigos, héroes y familiares. Es mejor comenzar ahora, ya que tu trabajo es más independiente. —Sigge hizo una pausa teatral—. Pero ¿sabes lo que tenemos nosotros que los otros medios no tienen?

Loa fingió pensar, pero no tenía ganas de dar ninguna respuesta inteligente.

—No.

—¡A ti!

Loa asintió con claridad para mostrar que había captado la información, pero con la suficiente mesura como para no parecer demasiado efusivo. Se dio cuenta de que Sigge tenía razón. Visto objetivamente, era una buena idea. Y podía salir muy bien si lo lograba. Aun si implicaba volver a destruirlo todo. Seguro que la psicóloga laboral no lo aprobaría. “Es demasiado parecido a tu propia experiencia”, diría ella.

Pero no tenía que saberlo, porque hacía mucho tiempo que no iba.

—Busca en el archivo si hay gente que hubiéramos entrevistado en su día que hoy pudiera ser de interés. Y fíjate si nos hemos olvidado de alguien.

—Por supuesto.

—Pero no te sientas presionado. Dentro de unos días puedes informarme cómo te ha ido.

Sigge tenía las gafas colocadas descuidadamente sobre su pelo gris y ralo. Había más pelo en sus fosas nasales, que parecían haber crecido recientemente. Se le habían formado profundas arrugas alrededor de los ojos y la piel bajo la

mandíbula y la barbilla le colgaba flácida. Toda una vida profesional en un periódico vespertino, de estrés y mal dormir, habían dejado su huella. ¿Tendría Loa el mismo aspecto en treinta años?

—Claro —Loa tenía problemas para encontrar palabras positivas y entusiastas. Esperaba que no sonaran igual de vagas de lo que lo hacían en sus oídos.

—A propósito. —Sigge miró de reojo las notificaciones que iluminaban la pantalla de su móvil—. ¿Cómo van las cosas entre Danijela y tú?

Sintió un calambre en el estómago cuando escuchó el nombre.

Danijela.

La escudera, la reportera estrella y su mejor amiga.

Debía anteponerle el prefijo “ex” a esas tres denominaciones. Loa pensaba que nunca más hablaría con ella, pero respondió:

—Van bien, pero no es como antes.

—Comprendo —respondió Sigge sin comprender nada, porque luego cambió rápidamente de tema—. Creo que deberías tener como objetivo trabajar aquí en la redacción algunas horas al día al menos. ¿Te parece bien? —Se acomodó en la silla, un claro signo de que quería ir terminando.

—Por supuesto —respondió Loa, que inmediatamente comenzó a buscar motivos para no hacerlo.

Lo podría resolver. Quería evitar la redacción a cualquier precio y, desde luego, no quería encontrarse con Danijela. Pero Sigge no tenía por qué saberlo.

—Gracias.

—Entonces, ¿quedamos en eso?

—Sí.

Sigge recogió su computadora y su móvil y se alejó de la sala tan rápido como había llegado.

Sobre la mesa aún estaba la carpeta con los periódicos. Otro titular se destacaba entre los recortes.

EL ESTRUENDO SE ESCUCHÓ EN TODA LA CIUDAD

Se encendió una llama dentro de él que no sentía hacía tiempo. La resaca ya se sentía lejana, como si hubiera abandonado su cuerpo inmediatamente.

Era el jueves 23 de enero y había llovido continuamente durante toda la semana.